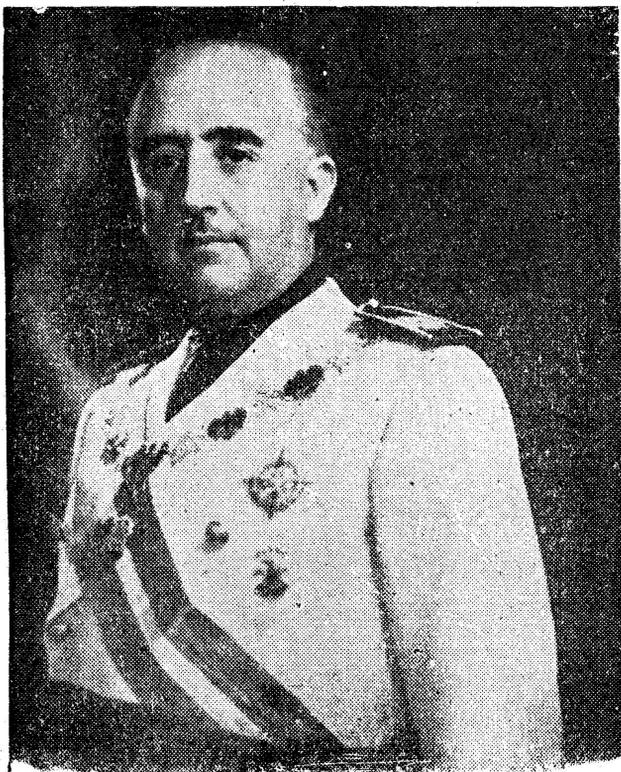


ORENSE DISPENSO AL CAUDILLO UN GRAN RECIBIMIENTO

CULMINANDO ASI LOS QUE SE HABIAN REPETIDO EN TODAS LAS ESTACIONES DE LA NUEVA LINEA



En el Salón del trono de la Diputación le fué impuesta la Primera Medalla de Oro de la Provincia

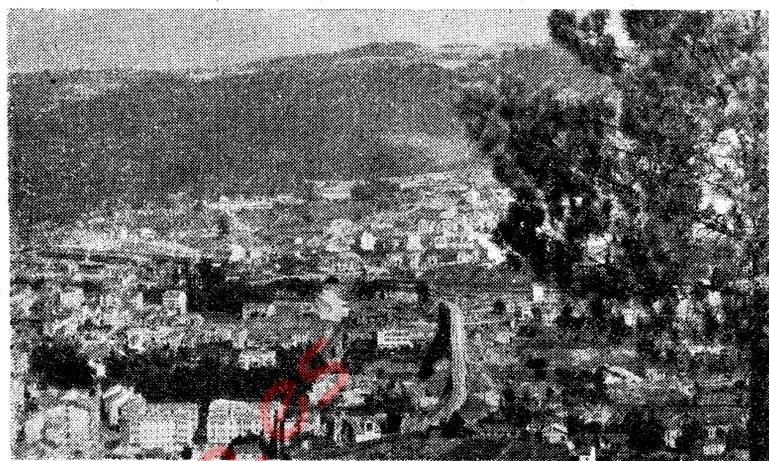
Ante las aclamaciones de la multitud, hubo de asomarse al balcón principal del Palacio, pronunciando un importante discurso

ORENSE. — (Logos). — El tren inaugural hizo su entrada en la provincia de Orense poco después de las cuatro de la tarde, llegando a la primera estación orensana de esta línea ferroviaria, la de Villavieja-La Mezquita, a las 4.27 horas. En torno a esta estación, al igual que en las restantes hasta esta capital, se produjeron a la llegada del tren indescriptibles manifestaciones de entusiasmo.

El tren se detuvo en todas las estaciones del trayecto. Las autoridades de las comarcas respectivas, al frente del vecindario en masa de las mismas, se encontraban en los andenes y en las proximidades de las estaciones, que estaban profusamente engalanadas con banderas nacionales, gallardetes y pancartas con frases demostrativas del júbilo por la inauguración de la vía férrea y de bienvenida y saludo al Jefe del Estado. Bandas de música y grupos folklóricos participan en las fiestas populares que con este motivo se celebran en todos los pueblos del trayecto. Las autoridades locales se adelantaban a la llegada del tren para presentar sus respetos al Jefe del Estado, quien departió breves instantes con los alcaldes de casi todos los pueblos del recorrido.

A las 6.30 horas de la tarde se dio la señal en la estación de salida del tren inaugural de la inmediata anterior, Taboadela. En este momento subió de punto el entusiasmo de los miles de orensanos y gallegos congregados en la explanada de la estación y acaeras del itinerario que había de recorrer la comitiva.

Ya unos dos o tres kilómetros antes de Orense, en los alrededores de la vía, se congregaban numerosos (Pasa a QUINTA página)



VISTA GENERAL DE ORENSE

La simpática e importante ciudad, a la que vibró ayer de entusiasmo con delirantes demostraciones de adhesión y gratitud a Franco, a ver convertido en realidad el viejo anhelo del Ferrocarril que ya une directamente a Zamora con Orense.

Crónica apresurada de un viaje inolvidable

Eran las cinco y cuarto de esta madrugada cuando el primer tren de viajeros que circulaba por la nueva línea Orense-Zamora, nos devolvía a casa, después de haber recorrido en el tren inaugural todo el nuevo trozo Puebla-Orense, viendo el espectáculo imborrable de unos pueblos enloquecidos que vibraban de entusiasmo y de gratitud al paso de Su Excelencia el Jefe del Estado.

Cansados por tan largo y continuado viaje, quebrantados por la fatiga y por el sueño, traemos sin embargo en nuestro espíritu el júbilo contagioso y la satisfacción inmensa, de haber podido vivir una de las jornadas más bellas y emotivas de la vida de España.

Hemos vuelto a ver nuestra hermosa Estación de Puebla de Sanabria engalanada y transformada de nuevo en punto de arranque para una etapa histórica. Sus interminables vías llenas de coches camas, de vagones restaurantes, de lujosos coches salones y de butacas, pregonaban elocuentemente que allí se había dado cita todo lo más representativo de Galicia entera, de Zamora, de Madrid —corazón de España— para componer el más brillante séquito que acompañaría a Su Excelencia el Jefe del Estado en este viaje inaugural.

En los andenes de Puebla, la animación crece por instantes a medida que se acercan las tres y media de la tarde, hora señalada para el comienzo del viaje. En el centro un sencillo altar improvisado está dispuesto para la ceremonia simbólica de la bendición. Ante él, el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de la Diócesis de Astorga, doctor Castellart revestido de Pontifical, espera la llegada del Caudillo, acompañado por el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Zamora, Dr. Martínez González y por numerosos sacerdotes llegados de toda Sanabria y de muchos pueblos de Galicia, en su deseo de vivir anticipadamente el júbilo de la inauguración. Por todas partes vistosos uniformes, entre los que predominan los de ingenieros y técnicos de los Ferrocarriles Españoles que han vivido una jornada de íntima complacencia, al ver rematada una obra tan esperada y difícil. La blancura inmaculada de los uniformes de gala de la Falange, pone una nota brillante en aquel aglomerado humano. Allí está nuestro Gobernador civil, jefe provincial del Movimiento, don Juan Murillo de Valdivia, que desde la noche anterior ha permanecido en Puebla atento a todos los preparativos de la jornada triunfal. En torno a él, vemos a todas nuestras primeras autoridades: Presidente de la Audiencia, Fiscal, Delegado de Hacienda, Presidente de la Diputación Alcalde de la capital, Delegado de Trabajo, Ingeniero Jefe del Industria, Delegado y Secretario del Ministerio de Información y Turismo, Magistrado de Trabajo, Ingeniero Jefe de Industria. También vemos al excelentísimo señor Gobernador Militar de la provincia y plaza, Coronel don Enrique Pérez Gallego, al Coronel Jefe del Tercio de la Guardia civil, Tenientes Coroneles de ambas Comandancias Rural y de Fronteras.

Todas las primeras autoridades zamoranas han acudido con la alegría imaginable, a tributar a Su Excelencia el Jefe del Estado un homenaje de gratitud en esta visita inolvidable e histórica. Pero también de las cuatro provincias gallegas han llegado autoridades (Pasa a QUINTA página)

“Nuestro Movimiento Nacional ha hecho realidad un sueño de varias generaciones”

«Es necesaria la continuidad en el esfuerzo, la fe en la obra de redención y mantener la unidad entre los hombres y las tierras de España»

«Orensanos, gallegos y españoles todos:

Sean mis primeras palabras de gratitud al recibir esta muestra de entusiasmo de vuestros corazones, que viene repitiéndose en todas las estaciones de la línea férrea, en todos estos pequeños y diminutos pueblos, que han abierto su corazón hoy a la ilusión.

Hemos venido a un acto de inauguración, que constituye una afirmación rotunda de la eficacia del Movimiento Nacional (Una voz: ¡Gracias a ti, Franco!

Grandes aplausos). Vosotros sabéis que hace ochenta años, a constantes peticiones de los hombres de Galicia, se consiguió este ferrocarril directo que había de unir con Madrid a las provincias gallegas. ¡Ochenta años, señores, en un ferrocarril! ¡Ochenta años llenos de ilusiones y de desilusiones! Bajo la Monarquía se proyectó este ferrocarril, se comenzó bajo la Dictadura, se suspendió y boicoteó durante la República y se realizó bajo nuestro régimen. (Grandes y prolongados aplausos).

El sueño se ha convertido en realidad que nadie puede discutir. Pero, ¿qué es un ferrocarril? Cuando el ferrocarril se concibió, era el único medio con el que poder competir con la carretera, y tras él se dirigían las ilusiones de los pueblos; unirse al ferrocarril era renacer a la vida el único medio que permitía el transporte rápido de los productos y el poder viajar para admirar las bellezas naturales de las regiones alejadas. Hoy, pasados ochenta años, el ferrocarril sigue sirviendo para transportar los productos allí donde hay una importante producción, una riqueza; donde existen grandes masas tienen que acudir al ferrocarril. Pero los ferrocarriles y los transportes de España se nos vienen quedando chicos. Y al surgir nuevas riquezas mineras, industriales y mayores producciones, los viejos ferrocarriles no pueden ya con todo. Eso venía sucediendo con los productos todos de esta región. No bastaba ya el antiguo ferrocarril por León, y era indispensable salvar la incuria de los años pasados, realizar el sueño de varias generaciones, y esta es la realidad que hoy vivimos: la puesta en servicio del ferrocarril más importante para el tráfico de la nación, el cual no se interrumpirá ya hasta verle en breve llegar a La Coruña.

Ya tenéis la vía diagonal de Galicia de vuestras ilusiones, pero ¡cuántas como esta empresa nos esperan todavía! Porque recorriendo estas tierras, esta Galicia Centenaria, que tanto esperó, nos encontramos esa cantidad de pueblos con una vida mísera, muchas veces inhumana obligada a un subconsumo, en diferencia irritante con otras regiones más prósperas de nuestra nación y aún más con otras europeas. Y para redimirnos de eso, para corregir estos males para hacer que en todos los hogares españoles reine el sol y la alegría, que vuestros hijos sean fuertes e ilustrados, es necesaria la continuidad en el esfuerzo, la fe en la obra de redención, mantener la unidad entre los hombres y entre las tierras de España; es necesaria que el Movimiento Nacional (Pasa a QUINTA página)

Apostillas al viaje Puebla-Orense

(Viene de SEXTA Página)
carril nuevo. Por eso ayer su sonrisa amable y cordial—que nunca abandona su rostro—era más luminosa y satisfecha que nunca.

Zamoranos en Galicia

La llegada del tren del Caudillo a la Estación de Orense-San Francisco—¡qué dos magníficas estaciones tienen los Orensanos!—fué un momento indescriptible y apoteósico. El griterío de la multitud los pitidos de las locomotoras, el resonar de los Himnos oficiales y el agitado ir y venir de personalidades y autoridades, constituyeron un instante de una emoción ensordecedora.

Fuera, ante la puerta principal de la Estación, esperaba el coche descubierto en que Franco, acompañado por el Alcalde de Orense, recorrió los dos kilómetros largos que separan la Estación de San Francisco de la Alameda. El griterío era por momentos abrumador. Centenares de automóviles oficiales se ponían en marcha tras el del Caudillo en una comitiva motorizada interminable.

El problema para los periodistas que llegábamos de fuera era difícil. ¿Cómo podríamos seguir a pie aquella veloz caravana automovilística? ¿Cómo sortear a la multitud enardecida? ¿Cómo llegar a tiempo a la Diputación para presenciar los actos oficiales que allí iban a celebrarse?

Y en ese momento de angustia y nerviosismo una voz fuerte que nos llama por nuestro nombre. Nos volvemos y contemplamos la recia y corpulenta figura de nuestro querido paisano con Diodoro Cruz subdirector administrador de la Prisión provincial de Orense que lleva allí casi un año y que aun encontrándose encantado en Galicia, cada día se acuerda más de su Zamora.

El es nuestro salvador en el apuro. Ya no nos abandona un momento; nos presenta al Director de la Prisión, don Eutiquiano Medina Prada, hombre de una amabilidad exquisita y entre ambos nos arrastran a su coche y nos llevan hasta la misma puerta del Palacio provincial. Gracias a ellos, el periodista no llegó tarde. Conste por eso aquí nuestro reconocimiento... Y el saludo cariñosísimo que don Diodoro y su familia toda nos dieron para sus familiares y amigos de aquí.

Otros zamoranos vimos también por las calles de Orense, que acudieron igualmente a saludarnos con alegría y alborozo... Y en esos

abrazos, veíamos nosotros reflejada, de modo más expresivo y elocuente que en ningún otro aspecto, la importancia de este ferrocarril que viene a unir a dos provincias hermanas, limítrofes, que sin embargo hasta ahora tuvieron que vivir ignoradas, de espaldas la una a la otra por carecer de un lazo de unión como este que ahora ha abierto en una jornada inolvidable.

«EL CORREO» en Orense

Apenas llegados al Palacio provincial tuvimos la grata satisfacción de escuchar frases de elogio y aplauso para EL CORREO. Nos las expresaron autoridades y compañeros de aquella capital, por el número extraordinario que el pasado viernes dedicamos a la ciudad de Orense.

Las más expresivas e insistentes fueron las del familiar del excelentísimo y reverendísimo Sr. Obispo de Orense Dr. don Angel Temiño, que nos manifestó la satisfacción y el agrado con que su excelencia reverendísima había recibido y hojeado nuestro periódico especial, felicitándonos muy cordialmente por ello.

Franco satisfecho

Pocas veces—a pesar de las graves preocupaciones que han de pesar en su ánimo en ocasiones—podrá verse a nuestro Caudillo sin su proverbial sonrisa en los labios... Pero pocas veces también, le habíamos visto tan satisfecho, tan intimamente alegre como ayer en este triunfal viaje de inauguración del Ferrocarril Puebla-Orense.

Su sonrisa era abierta, luminosa, franca radiante, en todo momento de la jornada... Y le vimos prodigar su cordialidad hacia todos en saludos afectuosos, dando la mano a cuantos le rodeaban...

Al llegar al Albergue de Puebla de Sanabria, se encontraban en lugar destacado la Delegada provincial de la Sección Femenina de Zamora señorita Angelines Cisneros y diversas regidoras provinciales. A todas tendió la mano su excelencia el Jefe del Estado recibiendo el saludo emocionado de la selecta representación de la Falange femenina zamorana.

También en Orense al llegar y al abandonar el Palacio provincial, vimos a Franco y a su ilustre esposa sonreír cordialmente y saludar con afecto a cuantas autoridades y personalidades les aclamaban al reanudar su viaje rumbo a Santiago de Compostela.

Orense dispensó al Caudillo un gran recibimiento

(Viene de PRIMERA página)
símimas personas que aplaudieron el paso del convoy.

El tren presentaba un brillante aspecto. La máquina «Santa Fe», movida por fuel-oil aparecía engalanada. Componen el convoy la máquina, un furgón y siete coches metálicos de primera, un coche-restaurante y el coche-salón de Su Excelencia el Jefe del Estado.

Al detenerse en el primer andén el tren inaugural. La Banda de música de la compañía de honor interpretó el Himno Nacional.

Su Excelencia el Jefe del Estado venía acompañado de su esposa, doña Carmen Polo de Franco; los ministros de Obras Públicas y Jefes de la Casa Militar, segundo jefe e intendente de la Casa Civil, ayudantes de campo, Directores generales de los Departamentos citados, entre ellos los directores generales de Ferrocarriles y de la Renfe; el señor Rivero, representante del ministro de Comercio, y altas personalidades del Ministerio de Obras Públicas.

Asimismo viajaban en el tren inaugural los gobernadores civiles de Orense, La Coruña, Lugo y Pontevedra y Salamanca, este último consejero nacional de Orense; Obispos de Zamora y Astorga; gobernadores civil y militar, presidente de la Diputación y Alcalde de Zamora con las Corporaciones; el conde de Valtierra; D. Wenceslao Fernández Flórez y otras personalidades.

Al descender del tren S. E. el Jefe del Estado fué saludado por el capitán general en unión del cual, y mientras la Banda de música interpretaba el Himno Nacional, revistó a las compañías de honor. Saludó después a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas que le fueron presentadas por los gobernadores civil y militar. El público, entretanto, no cesó en sus aclamaciones.

La esposa del Caudillo fué obsequiada con sendos ramos de flores por las esposas de los gobernadores civil y militar, presidente de la Diputación y del Alcalde.

Finalizados los saludos, Su Excelencia salió a la explanada exterior de la estación, siendo objeto de estruendosas aclamaciones por parte del numerosísimo público allí congregado, por las centurias del Frente de Juventudes, alumnos de colegios, corporaciones y entidades y organizaciones sindicales de las comarcas de Carballiño, Rivadavia y Maside.

En esta explanada se formó la comitiva. En coche descubierto iban Su Excelencias, acompañados del Alcalde de la ciudad, y se dirigieron hasta la Alameda, recorriendo el itinerario antes señalado. En las aceras de las calles del mismo, la multitud que se apiñaba hizo objeto a Sus Excelencias de constantes aclamaciones y vitores. En la Alameda del Concejo, el Caudillo y sus acompañantes descendieron de los coches. Aquí le fué presentada la Corporación Municipal en pleno.

Grupos folklóricos y bandas de música interpretaron aires populares de una manera constante, mientras se disparaba gran cantidad de cohetes y bombas de palenque.

Nuevamente se formó la comitiva y ya a pie el Caudillo seguido de las autoridades, y siempre entre las aclamaciones del público, se dirigió al edificio de la Diputación Provincial, pasando bajo un arco de triunfo erigido por el Ayuntamiento de la capital a la altura del Palacio Episcopal.

IMPOSICIÓN AL CAUDILLO DE LA MEDALLA DE ORO DE LA PROVINCIA

En la puerta principal del Palacio de la Diputación Provincial el Jefe del Estado fué recibido por el Presidente de la Diputación y Corporación Provincial bajo sus brazos. Inmediatamente se dirigió Su Excelencia al salón del trono donde se verificó el solemne acto de imposición de la primera Medalla de Oro de la Provincia al Generalísimo Franco.

SS. EE. ocuparon los sillones del Trono y seguidamente pronunció unas palabras el Gobernador civil de la provincia.

A continuación el secretario de la Diputación Provincial leyó el acta que recoge el acuerdo por el cual se concede a S. E. el Jefe del Estado la primera Medalla de Oro de la Ciudad, y luego el Presidente de la Diputación pronunció un discurso.

Por último, el Generalísimo desde el balcón principal del Palacio dirigió un simpático discurso a la ingente multitud que se apiñaba a lo largo de toda la calle del Generalísimo Franco. El discurso, que fué interrumpido varias veces por las aclamaciones del público, fué acogido al final con una cerrada ovación, que se prolongó largo rato, acompañada de vitores.

Finalizado este acto se sirvió un vino de honor, y el Caudillo reanudó su marcha hacia la carretera de Santiago, recorriendo las calles ya indicadas, que estaban igualmente repletas de público, entre el que figuraban Hermandades de Labradores, Guardia de Franco, Vieja Guardia, Ex Combatientes, Frente de Juventudes, etc., tributándole una despedida cariñosísima hasa que el coche en

el que iban SS. EE. se perdió rumbo a Santiago de Compostela.

PALABRAS DEL GOBERNADOR CIVIL

ORENSE. — (Logos). — El gobernador civil de la provincia, señor Albert Rodríguez, en su discurso ante Su Excelencia el Jefe del Estado, dijo que miles de hombres y mujeres auténticos trabajadores del campo de la provincia, habían bajado de sus pueblos y habían llenado los andenes de la estación del nuevo ferrocarril. «Con ellos añadió—, los hombres que construyeron este difícil camino de hierro, los que con su trabajo talaron las montañas de Padorno y del Corno; una, en la que se halla el túnel más largo de España; otra, la que necesitó alardes técnicos de primera magnitud. Orense vibra con la enorme fuerza cósmica de las tres generaciones que esperaron inútilmen-

te, cerca de cien años, a que este ferrocarril se inaugurara y que va es un hecho. Pero hay que proclamar muy alto que han sido estos últimos quince años los verdaderamente eficaces para que esta obra llenara la etapa más difícil: Puebla de Sanabria Orense. Las Hermandades Sindicales de campesinos—continuó—, fuertes por el número y por su unidad, que con esta nueva vía de comunicación serán revalorizados sus productos; las Cámaras de Comercio e Industria, los hombres integrados en el Movimiento Nacional, cuya visión política les hace ver que sólo una revolución nacional y un Caudillo podían convertir en realidad el proyecto durante en los estériles Ministerios de la época liberal, están aquí, mi General. Están aquí los que lucharon a vuestras órdenes en la Cruzada, y a su lado las juventudes ansiosas de recoger la antorcha a la que tienen

derecho, porque tienen fe en España. Están aquí, en fin, cuantos representan actividad, trabajo, espíritu y servicio a España y adhesión al Régimen y a su Caudillo, proclamando una vez más, que sólo la España nacida el 18 de Julio de 1936 podía realizar la obra que hoy se inaugura.

Todas las autoridades de la provincia y Municipios, Consejo Provincial de Falange, jerarquías del Movimiento, hombres y mujeres, estamos en este palacio de la Diputación para presenciar el acto ritual de que su presidente os ofrezca, en un emblema heráldico, la historia pasada, presente y futura de esta provincia de Orense. Señor, que Dios os conceda muchos años para poder ostentarlo y para la Patria, que tanto os debe y tanto os necesita».

El Gobernador Civil fué muy aplaudido.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA DIPUTACION

Después habló el presidente de la Diputación Provincial, tras haber sido leído el acta de concesión de la Medalla por el secretario de la Corporación.

Comenzó haciendo una referencia histórica de la provincia, que —dijo— no ansia el oropel de la fama, no aspira a la gloria del aplauso, sino que trata, por sus propios medios, de engrandecerse; que quiere contribuir al despertar de España, y así levanta pueblos en los que se puede vivir, edifica escuelas en las que habrán de recibir adecuada educación nuestros hijos, organiza policlínicas rurales con una organización hospitalitaria eficiente, abre carreteras y, en fin, cumple el programa por vos, señor, trazado. Celebramos hoy —añadió— un gran acontecimiento que pasará a la historia como un hecho principal: la inauguración del ferrocarril que proyectado hace ochenta años, define una época y resuelve una aspiración provincial, ya que no es un afán turístico ni una simple mejora lo que se pone en juego; es la solución de tantos problemas como Orense tenía. Todo ello no es obra de la casualidad, sino de la visión clara, de una fortaleza de carácter, del tesón, de la fe puesta en un pueblo, como vos habéis demostrado. Estamos aquí reunidos para deciros, en nombre de la provincia, que, como bien nacidos, intentamos rendir el mejor tributo de agradecimiento a quien hizo verdad lo que era ya quimera: nuestro ferrocarril; y decimos nuestro porque la mayor parte de él atraviesa nuestras tierras y en él dejaron sus mejores años, y hasta sus mismas vidas, nuestros hombres de trabajo.

Intentamos sintetizar —dijo finalmente— en esta primera Medalla que os ofrecemos, máximo galardón de esta provincia, creada en virtud de acuerdo de 27 de mayo último para premiar servicios extraordinarios a la Patria y especialmente a Orense (y nunca mejor que en vos concurrirán ambos merecimientos); nuestra lealtad inquebrantable; y así como ayer, sin morada y refugiados en la montaña, no nos rendimos ante Almanzor, tampoco hoy, os lo aseguro, seremos vencidos por cuantos intenten arrancar de nuestro corazón, caldeado por nuestras burgas, el ideal de la verdadera España, la fe inspiradora por nuestra santa Cruz y la hermandad prodigada por vos a todo viento.

El discurso del presidente de la Diputación fué premiado con prolongados aplausos.

LLEGA EL CAUDILLO A SANTIAGO

SANTIAGO DE COMPOSTELA. — (Logos). — Procedente de Orense ha llegado anoche a Santiago de Compostela, de riguroso incógnito, Su Excelencia el Jefe del Estado, acompañado de su esposa, donde pernoctó.

Un humilde empleado encuentra una cartera con 365.000 pesetas

PONFERRADA (León). — (Logos). — Juan Sánchez Carrasco, vecino de esta localidad, de condición humilde, encontró una cartera con 365.000 ptas., unos sellos de Correos y un cheque que pertenecía a la cuenta corriente de un Banco domiciliado en Santander.

Como no tenía más documentación que identificara al propietario de la cartera, el Sr. Sánchez Carrasco entregó el dinero, los sellos y el cheque en un Banco de Ponferrada, cuya dirección ha podido identificar al dueño de los efectos perdidos.

El rasgo de honradez de este humilde empleado es muy elogiado por todo el vecindario.

CRONICA APRESURADA de un viaje inolvidable

(Viene de PRIMERA página)
des y representaciones que esperan impacientes el momento tan ansiado.

Y cuando, por fin, a la hora en punto, el Caudillo entra en la Estación de Puebla, precedido por el clamor creciente de las multitudes concentradas fuera, llegadas de todos los pueblos sanabreses para agradecerle esta nueva y honrosa visita a la Villa, un revuelo de emoción ganó también a los invitados que llenaban los andenes y todos rompimos a gritar a una, esa palabra única que repetida incesantemente es a la vez expresión de afecto, de admiración grande de gratitud emocionada: Franco, Franco Franco.

Era el grito de siempre, repetido una vez más y resonando en valles y picachos de la sierra sanabresa. Era el grito que ya no dejaríamos de escuchar un solo instante, a medida que el tren inaugural avanzaba hacia Pedralba, hacia Requejo, Lubián, Villavieja, La Gudiña... llevado por las manos expertas del Sr. Conde de los Certales, Subjefe en la División de Tracción de Madrid que tuvo el honor de capitanear este magnífico tren, en cuyo salón final, el Caudillo acompañado por su ilustre esposa y por los Ministros de Obras Públicas y Agricultura y todo un brillante séquito, tenía que asomarse una y otra vez a las ventanillas para recibir el homenaje enfervorizado de las multitudes concentradas en las estaciones y a lo largo del recorrido, con grandes pancartas expresivas en su sencillez, con textos como éstos: «Gracias Franco», «El Caudillo enlazó a Galicia con España», «Franco, que Dios te bendiga»...

En todas las estaciones, ante la multitud congregada y en perfecto orden un grupo de vecinos ataviados con los trajes típicos interpreta danzas y canciones al son de la gaita y el tamboril. Cuando el tren aparece en lontananza, bombas y cohetes anuncian su llegada y toda la multitud se pone en movimiento. Desde que la locomotora llega a la Estación se inician los vitores. Las aclamaciones, los aplausos. Con gestos indicamos a todos los que nos miran ávidos por saber dónde está el Caudillo que vayan hacia el último vagón; sin pronto aquella ordenada formación a lo largo del andén, se rompe y se desorganiza en tumultuosa riada hacia el final del tren. Y no hay fuerza humana capaz de contener a aquellas gentes que, en su delirio entusiasmado, no paran de gritar: Franco, Franco, Franco.

El Caudillo ha saludado a todos los pueblos, sonriente, alegre, más joven y más fuerte que nunca, desde la ventanilla del tren. Y en algunas estaciones, ha descendido al andén unos minutos para presenciar las danzas de los grupos ataviados, que bailan sin poder oír la melodía del fole, entre el griterío ensordecedor de las aclamaciones.

Todo el viaje ha sido una renovación constante de ese fervor, que ha alcanzado su expresión máxima, indescriptible inolvidable, en la llegada a Orense. Millares y millares de personas, contagiadas del entusiasmo que el Caudillo levanta siempre a su paso, pugnando por expresarle su gratitud y el reconocimiento de toda Galicia por esta importante mejora, lo han llenado todo... desde los andenes de la Estación de San Francisco —donde rendía honores el Regimiento de Zamora número 88 de guarnición en Orense— hasta la Alameda pasando por todas las calles intermedias, que el Caudillo recorrió en coche descubierto, en pie, al lado del Alcalde de la Ciudad, lentamente, abriéndose paso con dificultad entre la riada humana que no cesaba de vitorearle.

La Avenida del Generalísimo, donde se alza el soberbio palacio de la Diputación provincial, estaba llena por una masa humana compacta y apretada. Parecía imposible que por allí pudieran pasar los coches de la comitiva. Bloqueado materialmente, abrazado, estrujado por la multitud gallega que parecía enloquecer en sus demostraciones de afecto, el Caudillo ha llegado hasta allí y después de revistar las fuerzas militares que le rendían honores, ha subido al Palacio —suntuosamente adornado con tapices— en cuyo Salón presidencial tuvo lugar la solemne imposición de la Medalla de Oro de la provincia, colocada sobre el pecho del Generalísimo por el Sr. Presidente de la Diputación mientras todos los presentes rompieron en aplausos y gritos de Franco, Franco Franco.

Fuera, la riada humana que seguía los actos a través de una perfecta amplificación, se hace eco de esas aclamaciones y las repite, las agranda, las extiende por todo Orense. Y ya no hay posibilidad de contener aquel gentío que pide a gritos la presencia del Caudillo para agasajarle una vez más con sus vitores. Y Franco, abandonando el Salón presidencial, se encamina a los balcones principales del Palacio para saludar al pueblo de Orense que estalla en renovadas demostraciones de fervor entusiasmo, delirante, frenético. El silencio vuelve solamente cuando el Caudillo empieza a hablar, en un discurso corto, expresivo, elocuente, energético, contundente. Y cuando en sus primeras palabras dice que esta inauguración es una afirmación rotunda de la de la eficacia de nuestro Movimiento, una voz clara se alza sobre la multitud para gritar: «Gracias a ti, Franco», palabras que son acogidas con aplausos indescriptibles e interminables.

Todo el discurso es escuchado con silencio religioso, solo interrumpido por los aplausos y las aclamaciones renovadas. Y ni un momento deja de gritar enfervorizado este gran pueblo de Orense en el que se halla representada por millares de forasteros, toda la provincia y aun la región entera; su gratitud y su afecto al Jefe del Estado, hasta que Franco reanuda su viaje hacia Santiago, escoltado seguido, acompañado, por el clamor unánime de esta Galicia siempre amante del Caudillo y hoy profundamente agradecida a su tesón que ha hecho posible la realidad ansiada de este Ferrocarril, tan justamente llamado por Franco en su discurso la «vía diagonal» de la región gallega.

DISCURSO DEL CAUDILLO

(Viene de PRIMERA página)
miento que iniciamos el 18 de julio no pueda, por nada ni por nadie, ser interrumpido; hay que grabar en el ánimo de las generaciones futuras lo que ellas no conocieron, las vergüenzas de España, los abandonos de España, y que estos abandonos pudieran en estos veinte años ser corregidos en mucha parte porque hubo unidad entre nosotros, porque existió una política digna de este nombre, porque con los partidos desaparecieron las divisiones y las partidas, porque abominamos de los politicistas y logrerros, porque suprimimos la explotación política del hombre y derribamos el viejo tinglado de la falsa política. Hemos vuelto la esperanza y la fe al pueblo y lo hemos llevado a intervenir en la vida pública, pero no a la antigua usanza de las democracias inorgánicas, con sus caciques y

sus amaños, sino con la práctica de una democracia más sincera y directa, yendo los gobernadores civiles a los pueblos y las autoridades de todo orden a entablar diálogos con los españoles escuchando sus necesidades y abriéndoles el cauce de sus organizaciones naturales: de la familia, el Municipio y el Sindicato, para conseguirla.

Nosotros no negamos la democracia; queremos la democracia real y verdadera, y cuando los problemas son graves y transcendentales, hemos establecido la consulta directa a la nación, como en aquel referéndum que hace unos años hemos sometido a vuestro plebiscito, expresión de la democracia que tanto temen las llamadas democracias inorgánicas.

Pero para que esto subsista, para que todos los problemas de España puedan resolverse, es ne-

cesario que conservemos la unidad entre los hombres y las tierras de España, el mantener firmes los principios del Movimiento Nacional, que no constituya un partido político, sino una comunión bajo los principios que nos son comunes, con el mejor espíritu de servicio a los sagrados intereses de la nación; Movimiento abierto a todos los españoles que de buena fe quieran servirlo. Que, como sucede en la Iglesia, constituyamos esa minoría inasequible al desaliento que con verdadero espíritu de servicio se sacrifica por los demás. Seamos siempre nobles, fieles y leales y unámonos todos en un solo camino, que es la grandeza de la Patria. ¡Arriba España!».

Una clamorosa salva de aplausos acoge las palabras del Caudillo, no cesando hasta que Su Excelencia abandona el balcón.